

El fútbol argentino en los años cincuenta: tensiones entre tradición y modernidad en la prensa deportiva

Argentine football in the fifties: Tensions between tradition and modernity in sport journalism

Daniel Szabón¹

Resumen

Durante los años cincuenta del siglo XX, la renovada participación de la selección argentina de fútbol en competencias internacionales — luego de una ausencia relativa de varios años— reactivó una serie de debates que, desbordando el campo deportivo, referían a temas de mayor amplitud, como la antigua pregunta acerca de la «identidad nacional». En este trabajo nuestra atención se concentrará en el cruce entre estas construcciones acerca de los rasgos propios del fútbol «argentino» elaboradas por la prensa deportiva y el lugar que ocupa en estas discusiones la preocupación por la incompleta «modernización» del país (en términos sociales, institucionales, culturales y deportivos), dada la ubicuidad y extensión de esta noción en los discursos del período, especialmente tras el golpe de 1955.

Palabras clave: historia argentina, historia del deporte, fútbol, modernización, prensa

Abstract

In the 1950's the return of the Argentine national football team to international competitions – after a relative absence of several years – re-

tivated some debates which exceeded the sport field and included broader subjects, such as the classical question about the “national identity”. In this article I will focus in the crossing between these constructions about the traits of an “argentinian” football elaborated by the sport press and the place held in these discussions by the concerns about the inadequate “modernization” of the country (in social, institutional, cultural and sporting terms), due to the ubiquity and scope of this notion in discourses that extended through those years, especially after the military coup of 1955.

Keywords: Argentine history, sports history, football, modernization, press

¹ Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de La Plata-Universidad Nacional Arturo Jauretche. dsazbon@gmail.com. El autor agradece las observaciones y sugerencias de quienes hicieron el referato del texto.

Introducción

Pretender hablar del deporte argentino *tout court* en los años cincuenta supondría abarcar un panorama demasiado amplio para comprenderlo en una sola mirada. A las diferencias debidas a la evolución distinta de sus diferentes disciplinas se les deben agregar las que corresponden a las propias de un campo tan heterogéneo como el del deporte, donde conviven actividades de competencia con prácticas recreativas, formativas, sociales, artísticas, etc., de muy desigual relación con la esfera de las políticas gubernamentales (educativas, sanitarias, recreativas, o simplemente deportivas). A esta complejidad se le agrega que dicha década incluye el insoslayable parteaguas del golpe de 1955, con lo que implica en lo que a relaciones entre Estado, sociedad y deporte se refiere. Los contrastes entre lo ocurrido antes y después del derrocamiento de Perón son tan marcados que tornaría muy precaria toda construcción que intente mantener la unidad cronológica del decenio como recorte temporal.

En cambio, si reducimos el análisis al universo del fútbol argentino profesional, y dentro de este, al de los discursos periodísticos que lo tienen como objeto, la escisión que supone el golpe de 1955 es más tenue, dado que su evolución, sin ser del todo ajena a la fractura fundamental de la década en términos político-institucionales, responde a una lógica más intrínseca, gracias al mayor grado de autonomía que había alcanzado el fútbol en relación con las políticas estatales, así como a la dinámica propia del periodismo deportivo. Asumiendo esta posibilidad, en estas páginas nos interesaremos por el discurso de la prensa futbolística en la Argentina de la década del cincuenta en función de dos vectores de diferente densidad y consolidación: por un lado, el vinculado al tradicional problema de la *identidad nacional*, aquí condensado en la existencia de manifestaciones socioculturales (formas de juego, estilos) presentadas como expresivas de una esencia nacional; por otro lado, la preocupación (también de antigua data, pero con especificidades propias del período) por la *modernización* de formas y estructuras de vida, ya para deplorar su inexistencia y señalar el consiguiente arcaísmo de nuestras costumbres, ya por el contrario para lamentar sus efectos y recuperar nostálgicamente elementos propios de la tradición perdida.

Si bien estas dos dimensiones tienen un alcance que supera en mucho al objeto aquí analizado, señalemos en primer lugar que el tema de la identidad en la arena deportiva tendrá particular presencia en la prensa especializada del período gracias a la importancia que adquirirá la participación de equipos argentinos en competencias internacionales, tras una etapa de menor intensidad de este tipo de encuentros. El nacionalismo deportivo, de sólida implantación en nuestra prensa desde por lo menos los años veinte (con hitos como el combate Firpo-Dempsey o la gira europea de Boca Juniors), encontrará en estos episodios el ámbito propicio para desplegar varios de sus motivos típicos (Alabarces, 2007, p. 77). Por otro lado, en lo que hace a la «modernización» —vocablo ubicuo en los discursos que atravesaban la arena cultural del período, con particular (pero de ningún modo exclusiva) presencia tras el golpe de 1955—² su alcance en la prensa deportiva de los años cincuenta será extendido e impreciso y puede referir sea a la necesidad de incorporar tácticas novedosas a los dispositivos desplegados por los directores técnicos, a las formas de entrenamiento «científicas» con las que los clubes buscaban mejorar el rendimiento físico de sus jugadores, a las novedades en los medios de comunicación que difundían las noticias deportivas o a los medios de viaje empleados por los equipos para llevar adelante sus giras, entre muchos otros etcéteras.³

2 La bibliografía al respecto es extensa; forzados por la brevedad, remitimos a O'Donnell (1972) y Terán (1991)

3 Por ejemplo, en 1959 *El Gráfico* (EG) hablaba de «punteros modernos», «goalkeeper moderno», «periodismo moderno», etc., y *El Mundo* (EM) se presentaba a sus lectores como «diario moderno, cómodo y sintético». Sobre deporte y modernidad en Argentina, véase Szabón y Frydenberg (2018) y Di Giano (1998).

En este trabajo nuestra atención se concentrará en las construcciones elaboradas por la prensa deportiva acerca de los rasgos propios del fútbol «argentino» en ocasión de los encuentros jugados contra rivales extranjeros, tanto a nivel de seleccionados nacionales como (en menor medida) clubes de fútbol. El hecho de que en la segunda mitad de los años cincuenta se haya incrementado el número de estas instancias, así como el contraste entre la expectativa con la que se los esperaba y los resultados alcanzados, hacen de ellos un espacio particularmente apto para la aparición de discursos vinculados al nacionalismo deportivo como los que aquí analizaremos.

El supuesto aislamiento durante el peronismo y el «regreso» a las competencias internacionales

Aunque las características del fútbol profesional, como señalamos más arriba, lo hacen menos permeable que otros deportes a los cambios producidos en la dimensión político-institucional, se impone aquí un comentario inicial, dada la solidez que ha alcanzado en cierta bibliografía especializada la convicción acerca de los vínculos entre las decisiones gubernamentales y el escaso nivel de competencia internacional de nuestro fútbol hasta 1955. Tal punto de vista se asienta fundamentalmente en la ausencia del equipo representativo de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA) en los campeonatos mundiales de 1950 y 1954, y en su regreso a dicha competencia en Suecia 1958. En esta línea, dicha ausencia remitiría a las proyecciones de la figura de Perón sobre la arena deportiva, deseoso de evitar cualquier participación en eventos que pusieran en duda la imagen de fortaleza deportiva que habrían querido construir las autoridades a través de certámenes organizados en el territorio nacional, sobre los cuales su intervención habría podido tener algún grado de peso en el resultado alcanzado.⁴

En nuestra opinión esta imagen estereotipada de las relaciones entre peronismo y deporte no resulta una descripción demasiado fiel a lo ocurrido durante el decenio 1945-1955, alimentándose más bien de la mitología antiperonista (con su tendencia a magnificar la voluntad y capacidad de intervención del «régimen» en distintas esferas de la vida civil), así como de la profusión de propaganda desplegada por el peronismo en materia deportiva (Rein, 2015). No solo no tenemos evidencias de vínculos directos entre las esferas estatales y las decisiones tomadas por la AFA, sino que varios ejemplos parecerían indicar que, por el contrario, la capacidad efectiva del gobierno para alcanzar objetivos mucho menos hipotéticos estuvo bastante acotada (como ocurrió en el conflicto gremial entre jugadores y dirigentes de 1948) (Frydenberg y Szabón, 2015). En nuestra opinión, es más sencillo asumir que la ausencia del seleccionado de los eventos mundialistas luego de 1934 responde a una lógica propia de las instituciones deportivas que asumir una indemostrada y a nuestro juicio improbable injerencia gubernamental.⁵

4 Se suele citar como prueba de esta hipótesis una supuesta declaración del entonces presidente de AFA, Valentín Suárez, de fuente nunca explicitada. La lista de menciones a esta tesis abarca desde publicaciones académicas a sitios alojados en la web, pasando por textos periodísticos o de divulgación; citemos a modo de ejemplo a Alabarces (2007).

5 La ausencia del fútbol argentino en los mundiales data de 1938, producto de la tensa relación de la AFA con la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA) por su negativa a organizar el certamen en Buenos Aires; este antecedente, sumado al enfrentamiento con la Confederação Brasileira de Futebol desde 1946, puede haber tenido más incidencia en su decisión de no participar en las copas de 1950 y 1954 que cualquier voluntad presidencial; *Memorias y balances* de AFA de 1937, 1938, 1949 y 1950. Por otro lado, no hemos hallado menciones a la responsabilidad gubernamental en medios marcadamente antiperonistas; por ejemplo, *La Nación* en 1958, muy crítica de la ausencia argentina en los mundiales anteriores, no culpa a Perón, sino a la dirigencia deportiva; «Un repaso al campeonato mundial de fútbol», *La Nación* (LN), 6/6/58.

Por otro lado, la imagen de «insularidad» del fútbol argentino durante el peronismo, si bien tiene su asidero —el número de partidos internacionales jugados por nuestro seleccionado en la primera mitad de los años cincuenta es muy menor a la cifra alcanzada por equipos similares, como Uruguay o Brasil (apenas 15, contra 36 y 34 respectivamente)—, debe tomarse con algunos recaudos. El combinado nacional, aún sin participar de los mundiales disputados en Brasil y Suiza en 1950 y 1954, sí lo hizo en dos Campeonatos Sudamericanos del período, y obtuvo además sendos títulos en Ecuador 1947 y Chile 1955. Estos torneos fueron seguidos con mucho interés por periodistas y espectadores, y como veremos más adelante, sirvieron en buena medida de espacio de validación para la pregunta que atravesará este artículo, de recurrente presencia en nuestro medio, acerca de la *identidad* del fútbol argentino.

Además, si bien no fueron torneos oficiales, los partidos que jugó nuestra selección en este período contra rivales europeos —tanto en gira como en el país— ftuvieron la atención de la prensa y del público por la prensa y por el público. Particular atención se les brindó a los encuentros con Inglaterra jugados en Wembley en 1951 y luego en River Plate en 1953, por la envergadura del rival y por tratarse de los primeros partidos jugados contra los considerados maestros del fútbol. Los buenos resultados alcanzados, con Inglaterra (ajustada derrota 1 a 2 en Londres y victoria en Buenos Aires, con el famoso «gol imposible» de Ernesto Grillo)⁶ y otros equipos europeos, contribuyeron a prolongar la ya consolidada imagen de poderío del fútbol local, la que, como veremos, entrará en crisis en la segunda mitad de esta década. Agreguemos las numerosas giras al exterior protagonizadas por clubes de primera división de Argentina, tanto a países del continente americano como a Europa, continuando una tradición inaugurada por el célebre viaje de Boca Juniors en 1925, vista retrospectivamente como un hito en la construcción del imaginario acerca de la fortaleza del fútbol «argentino» (Archetti, 1995).⁷

Más allá de las motivaciones que llevaron en su momento a la decisión de no comparecer en las justas mundialistas, lo cierto es que en 1958, tras 24 años, se volvió a participar de un campeonato del mundo, lo cual, sumado al regreso a la presencia regular en Campeonatos Sudamericanos marca un incremento notorio en la cantidad de competencias internacionales del fútbol argentino en la segunda mitad de la década. Pero mientras que el regreso a los Sudamericanos estuvo acompañado del éxito (campeones en 1955 y 1957), la excursión mundialista de 1958 terminó en el recordado «desastre de Suecia»: tras ser eliminados en primera ronda en la humillante derrota ante Checoslovaquia por 6-1, los jugadores, en medio de denuncias periodísticas por supuestos actos de indisciplina, fueron recibidos en el aeropuerto internacional de Ezeiza, próximo a la ciudad de Buenos Aires, por diez mil personas que los agredieron con monedas, huevos, tomates y gritos hostiles, en medio de un impresionante operativo de seguridad.⁸ El frente de la AFA fue apedreado y adornado con carteles insultantes, mientras algunos dirigentes declaraban que si los jugadores estaban más preocupados por cobrar que por «el honor de vestir la camiseta argentina» la selección debía conformarse con futbo-

6 Los rivales europeos en amistosos del período fueron, además de Inglaterra: Irlanda (1951, victoria en Dublin), España (1952 y 1953, victorias en Madrid y Buenos Aires), Italia (1954, derrota en Roma), Portugal (1954, victoria en Lisboa) y Checoslovaquia (1956, victoria en Buenos Aires).

7 Aunque su huella fue menor a la excursión de San Lorenzo por España y Portugal entre fines de 1946 y principios de 1947, también tuvieron importancia las giras europeas protagonizadas por River Plate (1951-1952), Independiente (1953-1954), Boca Jrs. (1953-1954), Racing Club (1954) y San Lorenzo de Almagro (1955-1956).

8 «Hostil recepción a los futbolistas», *LN*, 23/6/58; «Los jugadores fueron custodiados por 250 agentes», *Clarín*, 23/6/58. En general, (Sibaja 2020).

listas *amateurs*.⁹ El escándalo llegó al gobierno nacional, que declaró su interés por averiguar «quiénes son los responsables de estos hechos que desprestigian a la Argentina en el campo deportivo».¹⁰

Tras la catástrofe, la selección nacional intentó emprender una renovación reemplazando tanto a su director técnico (el veterano Guillermo Stábile, al frente del equipo desde 1939)¹¹ como a los jugadores convocados para participar en las siguientes competencias. La obtención de un nuevo Campeonato Sudamericano (en Buenos Aires 1959) fue vista por algunos como el inicio de una recuperación del prestigio internacional, pero una nueva derrota humillante en otro Sudamericano jugado a fines de ese mismo año reactivó los fantasmas del mundial de Suecia. La década del cincuenta se cerraba así con una percepción muy distinta de la fortaleza del fútbol argentino a la que había existido a su inicio. Los años sesenta verán la profundización de estas dudas, con una nueva eliminación temprana en el mundial de Chile 1962, al tiempo que se tornaban más ásperos los debates acerca de los rasgos estilísticos específicos de la forma propiamente «nuestra» de jugar al fútbol, demostrando que la «psicosis colectiva»¹² generada por el episodio de Suecia había afectado a las raíces más profundas de las representaciones míticas de nuestra identidad (Alabarces, 2007).

La construcción identitaria del fútbol argentino

En efecto, la existencia de un «estilo» propio de jugar al fútbol que expresaría las peculiaridades de nuestra nacionalidad era un supuesto que por entonces ya contaba con varias décadas de antigüedad. Su presencia es ya notoria en discursos periodísticos de principios del siglo XX, y aún con mayor frecuencia desde los años diez, en relación con las giras de equipos extranjeros, que solían ir acompañadas por reflexiones no demasiado rigurosas acerca de las características del fútbol argentino, uruguayo o (en menor medida) chileno o brasileño, en contraste con el británico. Junto con otros episodios similares de nacionalismo deportivo —como el combate Firpo-Dempsey de 1923— estas lecturas identitarias se incrementarán en los años veinte, acompañando el simultáneo crecimiento de la popularidad del fútbol y de su presencia de este deporte en las páginas de la prensa popular, la cual al mismo tiempo vio fuertemente incrementada su difusión, en particular en los principales centros urbanos del país (Archetti, 1995 y 1998).

Tales lecturas adquirieron una forma característica en torno a la tensión que oponía a las cualidades atribuidas al fútbol extranjero, particularmente británico, las que se querían ver en el local, expresión de una idiosincrasia intransferible, nacida de características que mezclaban lo telúrico (el aire, la pampa, la carne) con lo espiritual (las «maneras de sentir, de pensar, de obrar») en una combinación tan única como potente.¹³ Esta se traduciría en una noción de cultura amplia, que equiparaba el «cómo vivimos» al «cómo jugamos», y cuya canonización, como ha mostrado Eduardo Archetti, se dio en las páginas de una de las publicaciones de mayor impacto periodístico en el período: *El Gráfico*, que desde 1919 combinaba la cobertura gráfica de diversos eventos (no restringidos originalmente al deporte) con la presencia de un elenco de periodistas de excelente prosa, muchos vinculados al mundo de la literatura, por entonces en pleno apogeo. Las ya sedimentadas preocupaciones por la definición de lo propiamente nacional motivadas por el impacto de la inmigración masiva en los grandes centros urbanos, reactivadas en la coyuntura de la celebración del primer centenario (Terán,

9 Panzeri «El corazón es mal agente de los negocios», *EG*, 11/7/58.

10 «El gobierno y lo acontecido al team en Suecia», *LN*, 24/6/58.

11 Volvería brevemente al cargo en 1960.

12 Dante Panzeri, «Apuntes para la psicosis del orgullo y del enojo», *El Gráfico*, 4/7/58.

13 Cfr. *infra*, n. 29.

2008) se combinaron con los intereses propios de la profesionalización de la escritura, en la cual en el periodismo masivo jugaba un papel crucial (Altamirano y Sarlo, 1980). En este espacio tendrán fuerte presencia discursos vinculados con la delimitación de los rasgos identitarios propios de la comunidad de pertenencia —en los que se amalgamaban motivos nacionalistas, criollistas y modernistas—, muchos de los cuales encontrarán en el fútbol un espacio propicio para la explicitación de tales atributos nacionales.

Será así que hacia finales de los veinte se cristalizará en *El Gráfico* uno de los estereotipos que mejor logró condensar una imagen mítica del fútbol «argentino», que refería a la vez a la forma de practicarlo, al tipo físico (y moral) de jugador y al espacio del cual habría surgido: el *pibe criollo*, contracara del jugador «científico», «metódico» o «racional», personificación del medio físico del que había surgido, el *potrero*, dotado de habilidad, picardía y genio, aunque carente de estudio, disciplina o fortaleza corporal. Así, el «fútbol de potrero» típicamente argentino se constituiría en el reverso del «fútbol de pizarrón», efectivo, «industrial» y «mecánico» propio del practicado en Inglaterra, constituyéndose de ese modo en el punto culminante de la apropiación local del deporte, a la vez su *nacionalización* y su *popularización*. Estos estereotipos circulaban en las páginas de la prensa deportiva acompañados de otros, que enfatizaban valores en algunos casos contradictorios y en otros complementarios del encarnado por el «pibe criollo». Así, en algunos medios como *Crítica* se hablaba de la «raza», la «guapeza» y el «temple» del jugador argentino, refiriendo de este modo a su arrojío, fuerza, y capacidad de sobreponerse a la adversidad, identificados como rasgos idiosincráticos en el mismo sentido que planteaba la construcción forjada por Borocotó (Archetti, 1995; Frydenberg, 2011).

Esta tipificación se prolongó a través de diferentes soportes que atravesaban el universo de representaciones del mundo del fútbol hasta bien entrada la década del cincuenta. Tal continuidad, lejos de suponer la inexistencia de discusiones acerca del juego practicado por nuestros futbolistas, las alimentaba, en la medida en que dichos debates adquirirían la forma de la evocación nostálgica de un tiempo pretérito cuyos valores se contrastaban con el practicado en los tiempos modernos. Estas construcciones decadentistas poblaban los diagnósticos de diferentes actores del mundo del fútbol (periodistas, jugadores y sobre todo ex-jugadores) y servían para mantener la vigencia de un estilo de juego cuyos contornos debían buscarse en el pasado mítico y jamás en algún futuro a construir (Archetti, 2001).

El fútbol criollo de Wembley a Lima: gauchos y churrascos, yuyos y compadritos

A comienzos de los años cincuenta las referencias al fútbol europeo ocupaban un lugar bastante reducido en la prensa deportiva argentina; por ejemplo, en mayo de 1951 *El Gráfico* presentaba, bajo el título «Fútbol extranjero», una brevísima columna de media página en la que en solo tres imágenes y poco más de cien palabras se informaban únicamente dos resultados, de la Copa de Inglaterra y del campeonato español. Por el contrario, en ese mismo número una nota acompañada de muchas fotos informaba de la partida del combinado argentino hacia Gran Bretaña para jugar los dos partidos amistosos contra Inglaterra e Irlanda; se hablaba del «optimismo» con el que los jugadores emprendían tal gira, en la que sería la primera ocasión en la que seleccionado argentino enfrentaría al equipo británico.¹⁴

14 «Fútbol extranjero» y «Optimismo en la partida», *EG*, 11/5/51.

El partido jugado contra Inglaterra generó gran satisfacción en la prensa deportiva, que destacó la actuación del arquero Miguel Rugilo.¹⁵ Si bien Argentina cayó derrotada, lo ajustado del *score* (1 a 2), el hecho de que el equipo se encontraba debilitado por la lesión de dos de sus integrantes y el prolongado invicto de los dueños de casa en su cancha, servían para darle un aura épica a la derrota. La lectura generalizada era que la selección se había desempeñado correctamente («cayó con todos los honores») y si «se perdió en buena ley» fue en buena medida debido al «agotamiento» de los jugadores argentinos por el asedio constante de los locales, que recién en los minutos finales pudieron vencer la resistencia del «León de Wembley».¹⁶

A esta «honrosa derrota» se le sumó pocos días después el triunfo obtenido frente al combinado irlandés, destacado como muestra cabal del «auténtico fútbol argentino, con su modalidad característica».¹⁷ Las crónicas destacan la «velocidad y habilidad» de nuestros delanteros, y el juego «dinámico y brillante» de un equipo que pudo desplegar «una fisonomía acorde con la que corresponde al fútbol de nuestro país».¹⁸ La satisfacción de la prensa se replicó en el beneplácito de los hinchas, que recibieron con entusiasmo al seleccionado a su llegada al aeropuerto de Ezeiza.¹⁹

El cotejo con los equipos británicos le brindó a Borocotó la ocasión para insistir en *El Gráfico* en su convicción acerca de la irreductibilidad de los estilos de juego identitarios, rechazando de plano toda comparación entre ambos, dado que «la diferencia de campos, de ambientes, de juegos ajustados cada uno a la idiosincrasia de quienes los cultivan y también a los *fields* es de gravitación decisiva».²⁰ Desde este punto de vista, pretender que los «criollos» jueguen como los ingleses era tan absurdo como la alternativa contraria:

Ni ellos pueden jugar como nosotros ni nosotros como ellos [...] Hay una manera de pensar, de sentir, de ejecutar y que está en la sangre, en el ambiente, en el paisaje, en el churrasco y el mate o en la avena con leche y el jamón con huevo [...] cada uno expresa su idiosincrasia, y ello es lo que acuerda fisonomía definida al fútbol de cada lugar [...] Es una manera de sentir, de pensar, de obrar...²¹

Si la derrota en Wembley permitió que se resaltaran las virtudes del estilo «argentino» de juego, aún más celebración merecería en 1953 el triunfo ante el mismo rival, ahora de visita (también por primera vez) en nuestro país. *El Gráfico* celebrará que haya brillado «... el juego criollo, a cuyo cargo estuvo la espectacularidad del *match*» y destaca que aún los periodistas ingleses expresaron su admiración por sus «sutilezas». Esto le permite a Borocotó reafirmar nuevamente la incomparabilidad de ambos estilos, ahora en una prosa costumbrista dotada de aires camperos:

Cada tipo de fútbol es producto de su medio [...] porque el hombre es hijo de su suelo. Somos diferentes [...] por la sangre, por el aire que respiramos, por la tierra en la que hemos nacido, por el churrasco, el mate y hasta el tango [...] Allá ellos y aquí nosotros [...] Como dijo el gaucho: «Ansina 'e nació y ansinita 'e de seguir hasta que muera».²²

La medalla dorada obtenida por el fútbol argentino en los Panamericanos de México 1955 le brinda a *El Gráfico* una nueva oportunidad para afirmarse en su visión esencialista del juego criollo,

15 «Rugilo en Wembley», *EG*, 18/5/51.

16 Félix Frascara, «Limpia justa deportiva», *EG*, 18/5/51.

17 *EG*, 18/5/51.

18 «Significativo triunfo en Irlanda», *EG*, 18/5/51.

19 «Volvieron los cracks», *EG*, 25/5/51.

20 Borocotó, «Diferencias substanciales impiden el cotejo de tipos de fútbol», *EG*, 25/5/1951.

21 Borocotó, «Cada uno juega como siente el fútbol», *EG*, 18/5/1951.

22 Borocotó, «Los ingleses están allá y nosotros estamos aquí», *EG*, 22/5/53)

en esta ocasión a través de ojos ajenos. La revista consigna la opinión del diario mexicano *Esto*, que, al destacar el brillo del «fútbol argentino» y el «prestigio mundial de sus famosos equipos», se arriesga a asegurar que aún si los equipos participantes lo hubiesen hecho «en forma incógnita» no hubieran tenido dificultades para identificar al argentino «porque su personalidad es tal que lo mismo en los hombres que en los jóvenes [...] no solamente se ve un fútbol cortado bajo un mismo patrón, sino hasta el mismo tango».²³

Ese mismo año el periodismo local tendría otra ocasión para mantener firme su confianza en la existencia (y superioridad) de un fútbol «argentino» con características distintivas, al producirse el mencionado regreso a los Campeonatos Sudamericanos de Fútbol. Argentina será la ganadora del certamen celebrado en Chile, lo que le permitirá a Félix Frascara exclamar jubilosamente «¡Ese es el fútbol argentino!».²⁴ Pero el entusiasmo del cronista (y de la prensa deportiva en general) será mucho mayor ante el triunfo alcanzado en el siguiente Sudamericano, jugado en Lima en 1957, donde se hablará de un equipo «casi perfecto», que no solo es «expresión fiel del fútbol argentino en la actualidad»,²⁵ sino que además había logrado «revolucionar» al planteo futbolístico, a través de su «fórmula» de utilizar una delantera compuesta por jóvenes valores.²⁶ Así, la selección argentina habría jugado en 1957 «para la historia».²⁷

La brillante delantera del equipo nacional (los denominados «ángeles con la cara sucia» o más abreviado, «carasucias»: Antonio Angelillo, Humberto Maschio, Enrique Omar Sívori, Oreste Corbatta y Osvaldo Cruz), su juventud e irreverencia y, fundamentalmente, su exitosa performance, permitieron que la prensa especializada los presente como nueva encarnación del prototipo del jugador argentino, el *pibe*. Es el caso, por ejemplo, de Sívori, portador de los valores y rasgos idiosincráticos del «clásico jugador criollo», cuya visión evoca en el cronista:

... el recuerdo de nuestros mejores jugadores de potrero. Yuyo argentino, yuyo de baldío transido por la zapatilla de la purretada [...] Sívori fue la flor en la oreja del compadrito equipo argentino. El pucho colgando con un dejo de sobrada suficiencia. De quien tiene el secreto. De quien lo sabe todo...²⁸

Aún sin compartir estos desbordes de entusiasmo, la severa pluma de Dante Panzeri concedía que el nivel del fútbol argentino en 1957 era satisfactorio, aun cuando no podía dejar de lamentar que el espectáculo ha perdido «calidad y belleza». Pero no por ello su tono era nostálgico: si el fútbol se había «afeado», era «dentro de su propia evolución» ya que, en el pasado, aun cuando era «sin duda más bonito», también era «técnicamente menos sapiente». Con todo lo que había tenido de «genial o de romántico, de sutil o de pícaro, de heroico y también de ingenuo», no cabía dudas acerca de que hoy:

... nos encontramos con un saldo ampliamente favorable al presente respecto del pasado en cuanto al mayor saber que hoy técnicamente existe del fútbol [...] el fútbol argentino [...] está lejos de mostrar decadencia; se sabe, indiscutiblemente, más de fútbol, se ha progresado [...] la evolución ha sido generosa, exuberante.²⁹

23 «El fútbol argentino... visto en México», *EG*, 8/4/55.

24 Frascara, «¡Ese es el fútbol argentino!», *EG*, 8/4/55.

25 Frascara, «¿Será tan bueno este equipo?», *EG*, 29/3/57.

26 *Noticias Gráficas* (en adelante: *NG*), 21/3/57.

27 «Argentina jugó para la historia», *NG*, 21/3/57.

28 «Sívori, clásico jugador criollo», *NG*, 22/3/57.

29 Panzeri, «Era el puesto de los crudos», *EG*, 19/4/57.

Tras la avalancha europea: «hemos vivido en el pasado»

Esta sólida confianza en las virtudes del juego (y el jugador) argentino estallaría al año siguiente en Suecia, en ocasión del reencuentro de nuestro fútbol con los campeonatos mundiales después de la larga ausencia arriba mencionada. Ya en los meses previos el periodismo presentaba ciertas prevenciones respecto a la suerte del seleccionado: a la ausencia del plantel de los «carasucias» de Lima (por haber sido vendidos al fútbol europeo) se sumaron los magros resultados alcanzados en los partidos preparatorios y el desconcierto por la convocatoria de último momento al veterano Ángel Labruna, que debió viajar de apuro por la lesión de un compañero en la gira previa.³⁰ También se llamaba la atención sobre supuestos problemas de disciplina que existirían en el plantel, referidos tanto a peleas entre jugadores como a situaciones de inconducta motivadas por la presencia de «señoritas» cerca de la concentración.

Sin embargo, más allá de estos comentarios el tono general de la cobertura era de moderado optimismo. En los análisis previos se presentaba a nuestro equipo como «uno de los firmes candidatos en su grupo», lectura que se presentaba como compartida por los analistas extranjeros. De este modo se afirmaba que los checos nos consideraban «su adversario más peligroso», y que incluso los cronistas del vigente campeón mundial, Alemania Occidental, temían el *dribbling* de nuestro equipo, del que pronosticaban que obtendría el primer puesto en la clasificación. También el estado físico de los jugadores, así como su alimentación, aparecían en la prensa como «excelentes», y la moral del equipo era «alta».³¹

Esta confianza tuvo una temprana sacudida en el debut con derrota frente a Alemania (1-3), presentada como triunfo del «fútbol con movimiento» sobre la «ineficacia» demostrada por nuestros jugadores, lo que dio pie a los primeros signos de quebrantamiento de la fe del periodismo en nuestro juego. En la misma tónica que se generalizaría tras la debacle contra los checos, algunas voces sacaban como conclusión que la antigua «hegemonía del fútbol rioplatense» estaba siendo barrida por «métodos y concepciones modernas», que el fútbol europeo se había «metodizado» para combatir nuestra antigua superioridad, mientras que el nuestro seguía «viviendo del orgullo» de glorias pasadas. Frente a este panorama, el camino para la «revitaminización de nuestro fútbol» pasaba por un cambio táctico y dirigencial:

... que el fútbol lo dirija gente joven que vive la vida actual y no los ancianos que viven aferrados a los sillones de la AFA, perdiendo el tiempo con el recuerdo del fútbol viejo [...] hombres que no han visto el cambio del mundo [...] Ya nadie cree en esa superioridad estratégica del fútbol argentino [...] El lenguaje que ahora conoce el hincha es de disciplina, de orden y de método [...] Es preferible un conjunto sin estrellas a aquel que posea un par de ellas. Esta es la enseñanza del mundial de Suecia, y ojalá que la aprovechemos debidamente.³²

También Borocotó, histórico portavoz del discurso tradicionalista, daba la voz de alerta desde *El Gráfico* en cuanto al estado físico de nuestros jugadores, insuficiente para enfrentar rivales que, como los alemanes, eran «menos dominadores de la pelota, menos malabaristas, menos coreográficos», pero dotados de «estado físico, velocidad, sobriedad, vigor y sentido de la responsabilidad». Si bien se mantenía la certeza sobre la superioridad técnica del fútbol criollo («los argentinos son más brillantes»), esta aparecía ahora con un *caveat* de peso: «pero... cuando los dejan». La reflexión de Borocotó —bastante alejada de la incontrastabilidad que sostenía pocos años antes— era descorazonadora:

30 Se trataba del delantero Roberto Zárate.

31 «Se ha puesto a punto el equipo argentino y su moral es alta», *NG*, 6/6/58.

32 Mauro Galli, *NG*, 10/6/58.

muchos jugadores (particularmente en Europa) podían jugar mejor que otros aún sin ser «jugadores en el concepto criollo», y de ahí que «quienes nacieron futbolistas pierden, porque los que no lo son se lo han propuesto ser». Ante esta situación, no había alternativa: «si se pretende ganar un mundial, y en Europa, hay que cambiar».³³

Pero a pesar de estas evidencias de la conmoción que significó la derrota ante el campeón del mundo, las convicciones periodísticas sobre las virtudes del fútbol argentino eran lo suficientemente robustas como para que varias voces consideren «falsa» la actuación del equipo nacional,³⁴ producto más de errores cometidos por «la presión del debut virtual en mundiales» que de limitaciones debidas a rasgos propios de su juego.³⁵ Esta certeza sobre la calidad del estilo criollo quedó en evidencia tras la victoria argentina ante Irlanda del Norte, presentada como el triunfo del «fútbol típicamente nuestro» ante un equipo que, si bien estaba «mejor preparado físicamente», no fue obstáculo para la superioridad técnica y calidad individual de nuestros futbolistas.³⁶ Si bien se reconoce el defecto de la «falta de velocidad» frente a los europeos, esta vez sí habría aparecido «la tradicional garra y “rabia” de nuestros muchachos», lo que permitió que venciera «la táctica del fútbol “bonito”» sobre la del «fútbol práctico».³⁷ Así se llegó al decisivo encuentro ante Checoslovaquia, envueltos en una «atmósfera de optimismo», tanto por el mejor estado anímico del plantel tras la victoria como por la seguridad de que su rival practicaba «un fútbol abierto» que le permitiría al equipo exhibir «toda la gama de recursos que se les conoce».³⁸ Incluso se afirmaba que, a pesar del paso en falso del debut, la superioridad técnica de nuestros jugadores los hacía firmes candidatos a llegar, junto a Brasil, a las instancias finales.³⁹

Pero luego de la catastrófica derrota por 6 a 1 todas las antiguas convicciones cayeron derrumbadas: la velocidad «vertiginosa» y el superior estado físico exhibido por Checoslovaquia habría evidenciado la inmovilidad y quietismo de nuestro fútbol. Es cierto que aún en este desencantado escenario algunas voces intentaron salvar el honor de nuestro estilo, afirmando que los «técnicos europeos» coincidían en que «la habilidad de los argentinos no tiene parangón», siendo el problema únicamente de «estado atlético». En esta interpretación tranquilizadora, el problema no sería la «calidad del fútbol argentino», sino haber sido representado en el certamen por «un equipo mal preparado, mal elegido y mal dirigido».⁴⁰

No obstante, más allá de la módica compensación que podía suponer la seguridad de que en nuestro fútbol «prevalece la destreza sobre la fuerza», la tónica general de la prensa fue la de estar viviendo un engaño. La confianza en nuestra superioridad técnica, vigente hasta la víspera, era ahora denunciada como producto de «haber vivido de espaldas a la realidad», tras «diez años encerrados en nuestro narcisismo de creernos los mejores del mundo sin establecer el cotejo»,⁴¹ en directa alusión a la ausencia de las competencias internacionales, lo que produjo un «retardo» frente a «la

33 Borocotó, «No podía ser y no fue», *EG*, 10/6/58; cursivas en el original.

34 Erwin Hieger, «No puede considerarse normal la actuación cumplida por los argentinos», *NG*, 8/6/58.

35 Aníbal Vigil, «90 minutos detrás del arco», *EG* 10/6/58.

36 «Fútbol típicamente nuestro en Suecia», *LN*, 13/6/58.

37 Borocotó, «Aclaró el cielo contra Irlanda», *EG*, 10/6/58.

38 Lucero, «Atmósfera optimista se respira en Ramlosa», *Clarín*, 15/6/58.

39 «Argentina y Brasil pueden llegar a las finales», *El Mundo* (en adelante, *EM*), 14/6/58.

40 «Esta tarde arribará a Ezeiza el equipo que actuó en Suecia», *EM*, 22/6/58.

41 Galli, *NG*, 17/6/58.

evolución que el fútbol ha experimentado en el mundo». ⁴² Es así que Panzeri invertía su diagnóstico de pocos meses atrás, dictaminando que «el fútbol argentino está atrasado, estancado y equivocado en la mecánica del juego moderno...», ⁴³ mientras que Diego Lucero veía en la gambeta, otrora jugada prototípica de nuestro juego, la evidencia de su anquilosamiento:

El fútbol argentino se ha quedado atrás en el tiempo. Está en su prehistoria: en la «Edad de la gambeta», equivalente a la Edad de piedra; en el período terciario del juego lento [...] Nos hemos quedado estancados en el tiempo romántico de la patilla, la polaina, la sombrilla y el minué [...] Nuestro bello fútbol rocó ha muerto. Lo mató su propia debilidad, en la hora de la dinámica nuclear y la supervitamina... ⁴⁴

⁴² «¿Por qué faltó estado atlético?», *Clarín*, 2/7/58 (entrevista al preparador físico de la selección, Jorge Borau).

⁴³ Panzeri, «No le haga caso a mi número», *EG*, 1/8/58.

⁴⁴ Lucero: «El fútbol argentino se quedó atrás en el tiempo, vive en la prehistoria», *Clarín*, 17/6/58.

Las caras de la modernidad: velocidad, disciplina, ciencia, profesionalismo...

La catastrófica derrota frente a Checoslovaquia (y la consecuente eliminación temprana del mundial de Suecia) desencadenó una profundísima discusión en el universo del periodismo deportivo —la «histeria sueca»—, que adoptó fundamentalmente dos modalidades, las más de las veces combinadas: la denunciante, que, en nombre de «la opinión pública», buscaba identificar a «los culpables de la debacle», exigiendo su desplazamiento de los lugares de decisión, y la programática, más propositiva, por la que se intentaba señalar la dirección por la que debía circular la «profunda renovación» que debía llevarse adelante para «recuperar a nuestro fútbol». ⁴⁵ Tal renovación orbitaba, con variaciones, alrededor de la idea-fuerza de «modernizar», término ubicuo que era modulado en función de un conjunto diverso de valores de los que habría estado dotado el «fútbol europeo» —lo que virtualmente equivalía a decir «fútbol moderno»—, y cuya carencia explicaría nuestra desastrosa participación en la competencia.

Uno de los tópicos más recurridos en este sentido era el del estado físico de los jugadores, resultado de una preparación deficiente por su falta de «profesionalismo» (así como la de los encargados de implementarla). Para *La Nación*, nuestros problemas resultaban de que «nuestro adiestramiento es una mezcla de lo amateur con lo profesional», frente a lo cual reclamaba «una labor de años» para «dotar de velocidad pura a nuestros hombres» y así permitir que puedan competir contra el «fútbol recio», o «vigoroso» (es decir, europeo), del cual se pronosticaba que sería en el futuro más exitoso que «el juego de mayor precisión artística» propio de Argentina». Pero para ello hacían falta «entrenamientos de hierro», algo imposible si no se contaba con «un severo concepto profesional, formando jugadores aptos para estas luchas». ⁴⁶ Y *Noticias Gráficas*, en su llamado a «revisar métodos y vivir la realidad actual», sumaba a la crítica contra la «desidia de los dirigentes» la actitud de los jugadores, también ellos «factores de atraso» con sus «desplantes dentro y fuera del field». ⁴⁷

El reclamo por el estado atlético de los jugadores solía ir acompañado por los de otros atributos propios de la reclamada «modernización»: la necesaria *disciplina* que debían tener los jugadores, el *profesionalismo* que debían exhibir en su conducta, la *metodización* de las formas de trabajo de los distintos actores del deporte, y las necesarias innovaciones en el modo de jugar, desarrollando la *fuerza* y la *velocidad*. El primero de los aspectos, la disciplina, alimentó buena parte de las notas denunciante, en las que se exigía conocer quiénes fueron los «responsables» del desastre, presentado a los lectores como afrenta al honor nacional: «flaquezas e indisciplina de los jugadores ... actos de desinterés y de lesa patriotismo que desembocaron en la catástrofe...». Mientras que las victorias de los europeos eran mostradas como «una severa lección sobre lo que puede la disciplina» («el fútbol moderno, práctico, europeo... es muy rápido, serio, hecho sobre la base de una disciplina férrea...») nuestras derrotas eran atribuidas a «costumbres imperantes en nuestro medio» que debían erradicarse: si pretendíamos salir del marasmo, había que «renunciar al tango y al boliche» para «hacer training cuatro días por semana». ⁴⁸

45 Panzeri, «La esperanza no marcha», *EG*, 19/3/59.

46 «Checos: 'Un gran fútbol de equipo'. Argentina: 'Juego de poca clase'», y «Precisaríamos muchas cosas más para ganar», *LN*, 17/6/58

47 Galli, *NG*, 17/6/58.

48 Lucero, «Algunas lecciones aprendidas a costa de goles», *Clarín*, 9/7/58.

La exigencia de una mayor disciplina iba acompañada por el reclamo por jugadores «verdaderamente profesionales», que «solo vivan para el fútbol». Para ello era necesaria también una profesionalización de las formas de entrenar, aplicándoles los modernos sistemas «científicos»:

Para recuperar el terreno será indispensable revolucionar [...] los sistemas de entrenamiento, sustituyendo los empíricos por los científicos. El entrenador de un equipo de fútbol [...] no puede ser ya el muchacho de barrio, Tito, el de la esquina, tiene que ser un hombre de ciencia asesorado a su vez por otros hombres de ciencia que aporten sus conocimientos para preparar al atleta para el gran esfuerzo.⁴⁹

Esta equivalencia entre «modernidad», «disciplina», «entrenamiento» y «ciencia» aparecía también en otras voces de denuncia contra la «crisis total de nuestro fútbol», que cargaban las tintas contra su «faz organizativa», empezando por el director técnico nacional:

... también el fútbol admite una modernización —sería negar el progreso—, que significa aplicar métodos algo más que intuitivos, científicos, para extraer el máximo de una fuerza organizada [...] el señor Stábile ya está fuera de órbita, por carencia de ritmo apropiado para estos tiempos [...] No hay [...] sentido técnico, científico, de lo que debe ser la preparación física.⁵⁰

Este «profesionalismo» se exigía no solo a jugadores y entrenadores físicos, sino también a la dirigencia de los clubes: aquejada de «improvisación» e «hinchismo», se hacían necesarios «hombres que sepan dirigir y administrar». Significativamente, este mismo diagnóstico de defectuoso profesionalismo iba acompañado de otro que revelaba la persistencia contradictoria de estereotipos tradicionales del «juego criollo», al señalarse que el descenso del nivel técnico de nuestros jugadores se debe a que «no surgen cracks como antes», por haber desaparecido «las canchas y baldíos que no hace mucho [...] hacían aflorar astros de primera magnitud».⁵¹

En cuanto a los valores de la modernidad asociados a la forma de juego, como la velocidad, la fuerza y el dinamismo, solían ir acompañados de diagnósticos pesimistas que, al tiempo que reconocían la inevitabilidad de estos cambios, deploraban su necesidad. Es el caso, de nuevo, de Borocotó en *El Gráfico*, que reconocía que, aun cuando nuestro fútbol era más «brillante» y que la velocidad inevitablemente «restó belleza al juego», no había más remedio que adoptarla «si queremos ganar certámenes fuera de América del Sur».⁵² Menos ambigüedades presentaba la opinión del diario *Clarín*, donde Lucero consideraba «indispensable ir al fútbol-fuerza», así como dotar al futbolista argentino de la necesaria «flexibilidad» para adaptarse a las diferentes funciones que requiera el equipo de acuerdo a las alternativas del encuentro, tal como ocurre con los equipos europeos, viendo en la «obsesión» por la velocidad «el único secreto del fútbol moderno», como lo demostraban las innovaciones técnicas de la hora:

... si el hombre ya vuela más rápido que el sonido, si rueda por las carreteras a velocidades normales de 200 kilómetros por hora, ¿cómo es posible que el fútbol se juegue como en el tiempo cuando el medio más rápido [...] era el galope del caballo? En esta hora de la gran revolución científica, política y social que vive el mundo, el fútbol también se revoluciona...⁵³

49 Lucero, «El fútbol argentino se quedó atrás en el tiempo, vive en la prehistoria», *Clarín*, 17/6/58.

50 Galli, *NG*, 17/6/58.

51 «Con organización y capacidad puede salvarse nuestro fútbol», *Clarín*, 17/6/58.

52 Borocotó, «Velocidad: corriente moderna», *EG*, 10/6/58.

53 Lucero, «El fútbol argentino se quedó atrás...», cit.

La hora de la realidad: Argentina en el espejo de los otros

Así, la conclusión generalizada en el universo del fútbol era que había terminado una era, y que resultaba imperioso adaptarse a las condiciones de una realidad a la que hasta ese momento se había querido desconocer, dejándonos «en retraso». Algunas voces trazaban un paralelo explícito entre la suerte de nuestro deporte y la situación político-económica durante los gobiernos peronistas, presentados desde la prensa opositora como imperio de la falsedad y la impostura. También el fútbol, según esta comparación, debía asumir que había vivido de engaños, y ajustarse a la cruel verdad:⁵⁴

... al fútbol argentino le ha pasado lo que al país. Ha estado viviendo de ficciones, de deliciosos engaños [...] La hora de la realidad ha llegado. Para el país, la realidad fueron las arcas vacías; para el fútbol, la bolsa llena de goles. Es hora de ajustar las cuentas.⁵⁵

Tal ajuste suponía, evidentemente, adoptar las características propias del fútbol «moderno», cuya superioridad sobre el rioplatense había quedado evidenciada en la dura derrota en Suecia. Esta preocupación por incorporarnos a la «corriente moderna» se reflejó en la búsqueda por parte de buena parte del periodismo deportivo de ejemplos concretos para emular a partir de diferentes equipos internacionales de éxito, presentados como espejos en los que debía mirarse el balompié argentino. Al mismo tiempo, tal cotejo permitió que los defensores del antiguo modelo de juego «criollo», aún debilitados por la catástrofe mundialista, siguieran manifestando su adhesión a las virtudes que identificaban como propias de ese estilo, aun cuando no pudieran evitar reconocer la necesidad de adaptarlo a las condiciones imperantes en los tiempos «modernos».

Un primer ejemplo de interés en este sentido lo ofrece el equipo revelación del certamen de 1958, Brasil, que podía ser presentado al mismo tiempo como encarnación de la antigua tradición de toque, elegancia y creatividad propia del «fútbol sudamericano» que hasta entonces venía siendo representado por Argentina (y Uruguay), y como emblema de modernidad por haber incorporado en su juego las virtudes que se asociaban al fútbol «europeo»: velocidad, disciplina, «seriedad», profesionalismo, etc. Algunas lecturas, como las de Lucero, veían en el Brasil de Didí, Vavá, Garrincha y Pelé «una fuerza colectiva sin individualismo», que gracias a su «entrenamiento excepcional» pudieron resistir «la rudeza del juego europeo». *El Mundo*, por su parte, lo presentaba como «un espejo en el que nos debemos mirar», ya que habiendo atravesado en el pasado «nuestros mismos problemas», sus dirigentes habrían hecho lo que no hicieron los nuestros: «ver lo que pasaba fuera de casa, ir a Europa»; es por eso que ya en los cuartos de final representaba «la esperanza del fútbol sudamericano», en un campeonato que había quedado reducido a: «... la batalla del sistema europeo, rígido y frío, contra el estilo sudamericano de juego de lujo, adornado, sutil y elegante [...] Brasil parece haber heredado las elegantes virtudes que otrora fueran patrimonio de los rioplatenses».⁵⁶

Esta contradictoria defensa de la superioridad estética del estilo sudamericano junto con la necesidad de adoptar rasgos propios del europeo aparecía también en *El Gráfico*, donde Panzeri aseguraba que, aunque nuestra región seguía contando con «la mejor técnica del fútbol mundial, la que impuso Brasil», era necesario dotarla de «atributos que emanan de una vida seria», tal como

54 Las alusiones a la etapa peronista en relación con el deporte también aparecieron como crítica a la preocupación evidenciada por el gobierno de Frondizi ante lo ocurrido en Suecia, que manifestó que «seguiría de cerca y con sumo interés la investigación» que desarrollaba la AFA. Esto llevó a que distintas voces alertaran sobre el peligro de «intromisión» estatal, tal como había ocurrido en épocas del «burdamente sublimado mecanismo del Deporte-Estado», que había «avasallado» al deporte; «Suecia quedó atrás», *LN*, 25/6/58; también Panzeri sostenía una línea similar: cf. «El corazón es mal agente de los negocios», *EG*, 11/7/58.

55 Lucero, «El fútbol argentino ha estado viviendo de ficciones y de engaños», *Clarín*, 27/6/58.

56 «¿Sistemas europeos o fútbol de espectáculo?», *El Mundo*, 19/6/58.

había hecho la selección *verdeamerelba*. También Borocotó destacaba el trabajo llevado a cabo por los dirigentes brasileños para seleccionar a los jugadores, la «completísima» revisión médica que atravesaron (incluyendo «psicoanalistas, odontólogos, oculistas... radiografías, análisis»), su cuidado por la alimentación y, por supuesto, el riguroso plan de preparación física y la fuerte disciplina exigida. Así, el «trabajo serio y organizado» de Brasil es presentado como «ejemplo para los argentinos» al haber sido «el sudamericano que entró en la corriente moderna», es decir, «en la de la preparación física» y «el entrenamiento»:

Si no se entra en lo que con anticipación al éxito denominamos «corriente moderna» es muy difícil un buen desempeño. Al arte innato de jugar es absolutamente necesario agregarle ese otro aspecto. Hay que ser criollo para moverla [...] y unirle a ello todo lo demás esencialmente europeo. Brasil fue sudamericano en un aspecto, europeo en el otro. Así hay que prepararse.⁵⁷

Otra ocasión para postular un modelo extranjero en el que debía espejarse nuestro fútbol la proporcionó la visita en agosto de 1958 del multicampeón europeo Real Madrid, que contaba en sus filas con algunas de las más importantes figuras del fútbol mundial, como Puskas, Gento y Di Stéfano. Sus victorias en Buenos Aires contra River Plate (1-0) y San Lorenzo de Almagro (3-2) llevaron a que el periodismo deportivo nuevamente señalara las virtudes del fútbol europeo (es decir, «moderno») en relación con las características del jugado en el país, acompañado ahora de un contraste entre el desempeño de sus estrellas argentinas (Di Stéfano y Rial) con su labor anterior, cuando jugaban en equipos locales. La tónica general de estos análisis tendió a reeditar el esquema ya visto en ocasión del mundial de Suecia: si por un lado se calificaba al juego del equipo madrileño como «práctico» y carente de belleza, y se tomaba nota de cómo sus jugadores argentinos habían ganado en sacrificio y «mecanización», por el otro se reconocía las virtudes de disciplina, dinámica y rigor táctico del «fútbol moderno», aceptando con cierta resignación que era el camino que debía seguirse.

De este modo, *El Mundo* ponía el acento en la superioridad técnica, elasticidad táctica y estado físico del equipo español, apuntando que mientras aquí «nuestros astros creen saberlo todo y no aceptan indicaciones de los técnicos», llevando a que «el equipo se sacrifique a la estrella», el ejemplo de Di Stéfano mostraba como en Europa «la estrella se sacrifica al equipo».⁵⁸ El mismo diagnóstico hacía Panzeri, destacando que el juego de la «Saeta Rubia» en el Real Madrid estaba «mecanizado», gracias a que este aceptaba «cualquier renunciamiento personal» en beneficio del interés de su equipo». En este sentido el Real era para Panzeri la «cabal expresión de fútbol mecanizado, moderno», carente del «toque de pelota, el dominio de balón, la habilidad, la inventiva creadora del individualismo sudamericano», que era «impermeable a las ‘disciplinas obreras’ que el fútbol moderno tiene como necesidad». Pero a pesar de estas críticas, su «fútbol económico» nos mostraba «lo mucho que el fútbol argentino tiene que modernizarse».⁵⁹ Un diagnóstico similar era el del cronista de *La Nación*, para quien el Real Madrid resumía «la clásica fórmula del fútbol europeo: frío, calculador, exento de belleza, como si estuviese construido sobre la base de un teorema estudiado», y que al ponerse en ventaja no intentaba aumentarla, sino preservarla, evidenciando «esa labor conservadora tan cultivada en Europa... en beneficio del equipo y en desmedro del espectador».⁶⁰

57 Borocotó, «Las virtudes de Brasil», *EG*, 11/7/58.

58 «Mejor ataque que defensa mostró el vencedor», *EM*, 22/8/58.

59 Panzeri, «Fútbol “económico” por “obreros del fútbol” y “45 minutos de fútbol Real”», *EG* 22 y 29/8/58 respectivamente.

60 «Por debajo del nivel de su bondad presunta», *LN*, 16/8/58

El énfasis de la prensa en la disciplina de los jugadores de los clubes extranjeros —tanto en lo que hace a su predisposición al entrenamiento como en lo referido al respeto a las disposiciones tácticas— aparecía también en las varias entrevistas que se les hicieron en ocasión de sus visitas al país, en particular a los argentinos que formaban parte de las filas de los equipos visitantes, cuyas voces aparecían como referencia autorizada para contrastar entre los estilos de juego y de preparación física. De este modo, las voces de Di Stéfano —que destacaba que en Europa había que estar «mejor entrenado», con «piernas más fuertes», porque «se te obliga a correr, a poner el máximo»— o de Rial —que recién allí había entendido lo que significaban «solidaridad y fútbol asociado»—⁶¹ se sumaban a las de otros visitantes, como Ernesto Grillo y Ernesto Cucchiaroni (por entonces en el A. C, Milán), que declaraban que en Italia habían sentido «el fuerte cambio para el físico» por «la exigente profesión europea». Estos testimonios le permiten concluir al periodismo que estos cambios podían (y debían) ser incorporados a nuestro fútbol, concluyendo con amargura que si esto hubiera ocurrido antes del mundial de Suecia los jugadores argentinos «se hubieran sentido con la misma confianza física».⁶²

Por último, destaquemos la presencia de otras voces requeridas para dictaminar acerca del nivel de nuestro fútbol: los periodistas extranjeros, cuyas opiniones son citadas con creciente interés como voces autorizadas en las páginas de la prensa deportiva argentina, ya desde los partidos de la gira previa al campeonato mundial de 1958, y con mucha mayor ansiedad luego de su catastrófico desenlace. Ejemplo de esta atención es la reproducción que hace *Clarín* de la opinión crítica del enviado de *Le Figaro* a Suecia, que sentenciaba que el problema de nuestros jugadores había sido su negativa a someterse a las necesidades del fútbol actual: «velocidad, largo aliento y desmarcación instantánea», indicando que su «resistencia al sacrificio de un entrenamiento intenso» y su «indisciplina», que había dejado a los observadores extranjeros «escandalizados», se debían a que nuestras estrellas se habían transformado en «vedettes», a diferencia de lo ocurrido con los jugadores paraguayos y sobre todo brasileños, quienes «comprendieron que debían adquirir resistencia» y por lo tanto se habían entrenado sin que nadie rehuyera «las duras secciones de cultura física».⁶³

Similar juicio aparecería al año siguiente en *El Gráfico*, ahora en boca de un periodista alemán, Friedebert Becker, quien «juzgaba» al fútbol sudamericano comparándolo con el europeo. Para él también Brasil se constituía en la «expresión máxima del arte futbolístico», debido a que en su «*teamwork*» («juego de conjunto») empleaba las tácticas más modernas», es decir, «una táctica casi europea». Y al señalar sus críticas al fútbol sudamericano, afirmaba que a pesar de su «maestría admirable con el esférico», carecía de todo interés por el juego táctico, es decir, «sin la pelota». En una notable inversión del mito del *pibe de potrero* que la misma revista había contribuido a entronizar como prototipo del jugador «criollo», aquí Becker postula la existencia de su contrafigura, que en lugar de aprender el *dribbling* y la gambeta habría adquirido en el mismo mítico terreno las cualidades propias del fútbol «europeo»:

Lo que todo pibe europeo aprende en los partidos de potrero, o sea, adaptarse al adversario, liberarse de la marcación, todo eso le interesa muy poco al jugador sudamericano. Aún los jugadores europeos de mediocre calidad dominan mucho mejor el cambio de posiciones y la liberación de marcación que la élite de los jugadores sudamericanos.⁶⁴

61 «Héctor Rial y Alfredo di Stéfano en la cúspide», *EG*, 8/8/58.

62 Carlos Fontanarrosa, «Los dos Ernestos por calles de Buenos Aires», *EG*, 18/7/58 (resaltado en el original).

63 «Una opinión francesa sobre el fútbol argentino», *Clarín*, 2/7/58.

64 «Un alemán nos juzga y compara», *EG*, 9/4/59.

Conclusión: entre convicciones y necesidad

La nota de Becker había aparecido en *El Gráfico* a partir de la estadía del periodista alemán en nuestro país en 1959, en ocasión de un nuevo Campeonato Sudamericano de fútbol. Este certamen había sido ganado otra vez por la selección argentina (profundamente renovada en relación con la que había participado del mundial), cerrando un tricampeonato iniciado, como vimos, en 1955, esta vez con el importante agregado de haberse podido imponer sobre Brasil, el vigente campeón mundial. Pero a diferencia de lo ocurrido en Santiago de Chile en 1955 y sobre todo en Lima 1957, el entusiasmo de la prensa fue mucho más prudente. Tras el golpe sufrido en el mundial de Suecia, los triunfos no aparecían ahora como evidencia de las cualidades intrínsecas al juego argentino, sino como expedientes para superar el «complejo» que había provocado el «desastre de Helsingborg». ⁶⁵ Se trataba de ver hasta qué punto nuestro fútbol avanzaba hacia su anhelada «modernización»; tal era la expectativa con la que se inició el certamen en Santiago, con la esperanza en que el equipo nacional:

... resulte efectivamente la expresión moderna del fútbol moderno que debe practicarse en el país para recuperar [...] la jerarquía, la prestancia, el señorío mundial que llegó a tener [...] Es la esperanza de que sea realmente esta la hora en que el fútbol argentino parta hacia una remodelación de sus recursos, sin abandonar por ello sus virtudes genuinas, siempre fundamentales, aun en la escuela moderna. Es la esperanza de que al fundamento de nuestra escuela autóctona se acoplen de aquí en más los que hacen a la modernización del juego en su organización técnica, táctica, intelectual y espectacular. ⁶⁶

Las ambigüedades que revela esta intención de mantener las «virtudes autóctonas» al tiempo que se reclamaba su necesaria «modernización técnica y táctica» se mantendrán a lo largo del campeonato, a medida que el combinado nacional lograba avanzar en resultados aún sin convencer en su juego. La contradicción entre el tradicionalismo de los criterios estéticos con los que se juzgaba la supervivencia de tales virtudes y el pragmatismo de los positivos resultados obtenidos aparecerá reiteradamente en la prensa. Será una vez más Panzeri quien con mayor amargura objete el fútbol practicado por la selección argentina, mostrando hasta qué punto la incorporación de la tan exigida «modernización» reactivaba discursos nostálgicos de cuño esencialista y ánimo decadentista. Así, al tiempo que se lamentaba porque nuestro fútbol «padece de antigüedad», deploraba que las modificaciones producidas resultaban de la «*histeria sueca*», dando como resultado un equipo construido «pensando en entrenamiento y disciplina, educación y conducta, pero olvidando calidad»; de este modo, nuestra selección «responde a una decadencia», un clima en el que «las convicciones les han cedido terreno a las necesidades». ⁶⁷ Y mientras veía en el ejemplo brasileño «un pasado no lejano del fútbol argentino, que falló en conducta y preparación física, pero sigue siendo “verdad”», ⁶⁸ se quejaba porque nuestro equipo contaba con jugadores cuya única virtud era el vigor y la velocidad:

... ese tipo de juego es el fútbol de los que no saben, de los que nacieron sin calidad o juegan donde ella no se difunde [...] ese no puede ser el fútbol de este medio, donde aún en la calle, el potrero y las almohadas de los sueños infantiles «hablan fútbol», fútbol de toque, de paredes, de pelota rasante [...] eso no es fútbol que se juegue donde se sabe. Y aquí se sabe. Aquí se jugó. ⁶⁹

65 Panzeri, «Contra el “complejo 1-6” un debut 6-1», *EG*, 12/3/59 (la Argentina había debutado venciendo 6-1 a Chile).

66 *EG*, 5/3/59.

67 Panzeri, «Se ha plasmado una fuerza física y moral», *EG*, 26/3/59

68 Panzeri, «Al fútbol se juega así, como lo hace este ballet», *EG*, 19/3/59.

69 Panzeri, «La esperanza no marcha», *EG*, 19/3/59.

Panzeri reproducía así el clásico estereotipo del «pibe criollo» que había cuajado en las notas de Borocotó de potrerros, toques, paredes y sueños infantiles, al mismo tiempo que se reclamaba por una «modernización» que no podía más que dejarlo en el pasado. La misma remisión al pasado como sede de nuestra tradición futbolística aparecía también en esa revista en una selección de fotografías de planteles históricos que habían brillado en anteriores campeonatos sudamericanos, a través de la cual se manifestaba la imposibilidad de «olvidar el pasado», aun cuando no se le negaran sus «imperfecciones». Si la presión por la necesaria «recuperación del fútbol argentino» obligaba a «no añorar al pasado», la certeza de que allí radicaba la esencia del estilo de juego propiamente «nuestro» llevaba a *El Gráfico* a concluir que era imposible «olvidar el pasado ante este presente de fotografías». ⁷⁰ Así, en medio de los reclamos por la «modernización» del fútbol argentino —y en parte, como reacción contradictoria a tales requerimientos—, el pasado parecía seguir operando como centro gravitatorio de los discursos identitarios que atravesaban al periodismo especializado.

La moderada satisfacción por el éxito alcanzado en el Sudamericano de 1959 no tuvo un efecto duradero en la valoración de la prensa deportiva. Pocos meses después, una nueva caída estrepitosa (la derrota por 5-0 contra Uruguay en otro Sudamericano, esta vez en Ecuador) volvía a motivar sus alarmas: se habló una vez más de «desastre», de una «segunda Suecia», y de un equipo sin capacidad ni ideas para superar a rivales de menor brillo. ⁷¹ Al cierre de los años cincuenta la recurrente denuncia de falta de «modernización» seguía apareciendo en el periodismo como recurso por excelencia para explicar nuestras frustraciones futbolísticas. Y mientras la sociología de la década abundaba en explicaciones de nuestros rasgos político-culturales en términos de incompleto (pero progresivo) despliegue de los valores propios de una sociedad «moderna», en los discursos circulantes en el periodismo deportivo parecían hallarse más certezas en las virtudes pasadas del estilo «argentino» de juego que seguridades acerca de las posibilidades de su reclamada transformación y adaptación (Germani, 1962). ⁷²

70 «Olvidar el pasado»... ¿Cómo se hace viendo esto?, *EG*, 5/3/59.

71 Panzeri, «El molde frustrado», *EG*, 23/12/59.

72 Cf. los artículos reunidos en Germani 1962.

Referencias

- ALABARCES, P. (2007). *Fútbol y patria. La crisis de la representación de lo nacional en el fútbol argentino*. Buenos Aires: Prometeo.
- ALTAMIRANO, C., y SARLO, B. (1980). La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. *Hispanérica*, 9(25-26), 33-59.
- ARCHETTI, E. (1995). Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino. *Desarrollo Económico*, 35(139), 419-442.
- ARCHETTI, E. (1998). El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino. *Nueva Sociedad* 154, 101-119.
- DI GIANO, R. (1998). Avatares de la modernización en el fútbol argentino. En: P. ALABARCES, R. DI GIANO y J. FRYDENBERG (Comps.), *Deporte y sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.
- FRYDENBERG, J. (2011). *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- FRYDENBERG, J., y SAZBÓN, D. (2015). La huelga de jugadores de 1948. En R. Rein, (Comp.), *La cancha peronista: fútbol y política 1946-1955*. Buenos Aires: UNSAM.
- GERMANI, G. (1962). *Política y sociedad en una época en transición*. Buenos Aires: Paidós.
- O'DONNELL, G. (1972). *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.
- REIN, R. (Comp.) (2015). *La cancha peronista: fútbol y política 1946-1955*. Buenos Aires: UNSAM.
- SAZBÓN, D., y FRYDENBERG, J. (2018). Deporte y modernidad en Argentina: problemas conceptuales y propuesta de abordaje. *Cuestiones de Sociología*, 18. Recuperado de <https://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/CSe050>
- SIBAJA, R. (2020) Anxiety in the Sports Pages: The 'Crises' Narratives of 1950s Argentine Fútbol. *The International Journal of the History of Sport*. <https://doi.org/10.1080/09523367.2020.17541981>.
- TERÁN, O. (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- TERÁN, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.